

Tercera—Desde el año venidero quedará establecida la Facultad de Ciencias Naturales, y

«*Cuarta*—El Colegio proveerá de la manera más eficaz posible a que los estudiantes de Derecho actuales puedan continuar y concluir sus estudios sin tropiezo».

El texto completo de estas providencias y su exposición de motivos se publicarán oportunamente.

MONSEÑOR CARRASQUILLA A LA LUZ DE SUS ESCRITOS Y ORACIONES

ESLABONES DE SOLIDARIDAD (1)

En la reseña de las etapas primordiales del Colegio de San José de Marinilla expuse los nexos filiales de esta almáciga de virtud y de sabiduría con el que fundó hace ya casi tres siglos el Arzobispo burgalés Fray Cristóbal de Torres, para que fuera «seminario de la doctrina de Santo Tomás» y que andando el tiempo vino a ser «cuna de la República».

Un rosarista ilustre, gobernante óptimo y mártir de sus ideales, el doctor Rafael María Giraldo y Zuluaga, fue el primer Rector de este plantel, abierto va para la primera centuria, el 15 de agosto de 1838.

Veo allí la figura egregia de José Duque Gómez, el primer orador de su tiempo, quien templó su espíritu en las aulas del Rosario para las lides democráticas y lo iluminó para las más fecundas de la enseñanza y conducción de hombre como Rector del mismo plantel, de la Universidad Nacional y del histórico Colegio de Pinillos, de la «ciudad valerosa».

(1) Este capítulo forma parte de la memoria leída en el acto con que el Colegio de San José de Marinilla se asoció al duelo de la patria por la muerte de Monseñor Carrasquilla.

Falta la efigie, pero alienta el recuerdo de Samuel Ramírez Arbeláez, el humanista y diplomático en hora infausta arrebatado a la vida, cuando sus talentos, ilustración y nobilísimas prendas lo hacían candidato a las más altas distinciones científicas y oficiales. Después de haber avanzado en estos claustros sus estudios secundarios, pasó al Rosario, donde sobresalió pronto entre los mejores, alcanzó la merced de una colegiatura y el puesto de inspector primero, más tarde los de Secretario y titular de varias cátedras. «Tenía, dice Monseñor Carrasquilla, en mayor grado que sus condiscípulos el sentido de la realidad, y en él jamás predominó la imaginación sobre el juicio práctico del entendimiento». Su tesis para el doctorado, *La filosofía positivista*, es, en concepto del profesor José Luis Perrier, «uno de los mejores libros sobre el positivismo publicado en lengua castellana».

Por razón de afinidades étnicas que algún día expondré más ampliamente y que hacen de la región oriental de Antioquia baluarte de la unidad colombiana, contra los fermentos disolventes que otro atavismo e intereses contrapuestos suelen fomentar, los marinillos han buscado de preferencia en la capital de la República la palma académica y los conocimientos que los capaciten para la lucha por la vida. No olvidan que son descendientes de los compañeros de Jiménez de Quesada más bien que de los peruleros, y que con el gobierno y el elemento humano de población les vino de Santafé por Mariquita, en la época de la colonia, la levadura espiritual que es su signo y su orgullo: Solidaridad y justicia social, sentimientos e ideas conservadores y unitarios no son un capricho en frente del individualismo y de la aspiración federalista, sino el exponente racial del más numeroso grupo homogéneo que presenta el país, pues no se limita a la meseta

oriental de Antioquia, sino que comprende la mayor parte de las antiguas provincias de Aures y de Santo Domingo, así como las de Manzanares y Salamina, del departamento de Caldas, y la cordillera del Tolima, sin excluir colonias dilatadísimas en todas las demás secciones de Colombia.

Por algo en 1854 los enviaron las damas de esta ciudad a «libertar a las señoras de Bogotá o morir en la demanda», y al cumplir el primer cometido exaltaron otro de los atributos diferenciales de su raza: el de buenos soldados. Por lo mismo aspiran hogaño a tender un brazo de hierro que los vincule al interior de la patria, pues comprenden que todas las miradas no deben dirigirse al exterior, y cumplen así una trascendental función como fuerza de equilibrio.

El Rosario ha tenido siempre sus aulas pródigas de par en par abiertas para nosotros; muchos de los nuestros han alcanzado a su abrigo la posesión de la verdad y el señorío de las voluntades; su nombre y tradiciones gloriosas son familiares a todos por la gratitud o por el conocimiento.

Me ufana haber sido eslabón modesto de esta cadena y contribuir a que se afiance la unión con actos como el que celebramos.

El mejor tributo que se puede rendir a la memoria del conductor egregio que fue Monseñor Rafael María Carrasquilla es avivar el recuerdo de sus enseñanzas y demostrar con obras que estamos impregnados de ellas y llenos del espíritu que las dictó.

Con mira a ese bello ideal, tan cercano y tan distante, me he propuesto seguir la vida del que fue maestro, faro y sostén de mi alma, a la luz de sus escritos y de mis propias impresiones.

Me ilumina la senda lo que el maestro mismo rea-

lizó con San Agustín, de quien dijo con justicia que «sus obras son la historia de su vida, reflejo de su alma, retrato fidelísimo de su persona». Si por los dones del entendimiento se acerca a Santo Tomás, indudablemente el Obispo de Hipona ejerció influjo más decisivo en su carácter y a las obras de Monseñor Carrasquilla son aplicables las consideraciones que él mismo hizo sobre las del doctor de la Gracia, no obstante que tuvo la de una juventud exenta de extravíos: «Quien tuviera estudiada la *Summa Theologica* sin saberle el autor, conocería que era escrita por un hombre de inteligencia poco menor que la de un ángel; alcanzaría a comprender la inmaculada pureza de un alma que con semejante serenidad y reposo se apodera de toda la verdad, la abarca toda de un golpe, y la divide y la analiza y la demuestra parte por parte; pero nada sabría sobre Santo Tomás. ¿Fue sacerdote o laico, clérigo secular o monje? ¿A qué orden perteneció? ¿Qué afortunada tierra la vio nacer? En vano dirigiría todas estas y otras mil preguntas al imperturbable libro, sin obtener ni la más insignificante respuesta. No así San Agustín. Si la palabra *subjetivo* no hubiera sido profanada por la filosofía alemana, diríamos que las obras de nuestro doctor tienen marcadísimo carácter subjetivo. Al leer a San Agustín lo ve uno nacer, se lo finge compañero de escuela; se alarma uno al presenciar los primeros extravíos; llega a sentir las mortales angustias y remordimientos y vacilaciones que le roían el corazón; después de releer ciertos capítulos de las *Confesiones*, cuando, al terminar, cierra uno el libro, se admira al ver el santo Cristo colgado ante el escritorio y el breviario a un lado; se acuerda el alma de que es cristiana, de que vive en paz y respira como quien deja una pesada carga, o como el que despierta de importuno sueño. El que llega al capítulo en que el santo refiere la escena final de su conversión, siente vergüenza

de verse tan tibio y negligente para lo bueno, y llega a concebir como deseos de haber sido hereje y perverso, sólo por sentir algo de lo que Agustín experimentó al tornar a la fe y a la virtud. Cuando el cristiano está saboreando ciertos lugares de los *Soliloquios*, en que el autor recién convertido habla con Dios, o alguno de los capítulos finales de *La ciudad de Dios*, que tratan de la dicha del cielo, viene a creer que ama a Jesucristo con el mismo amor que el santo, y se cree capaz de los mayores sacrificios. ¡Hermosa ilusión si no vinieran a desbaratarla las miserias cotidianas, las mil pequeñas faltas de cada día! (1).

LA ESTIRPE

La familia de Carrasquilla, originariamente Rivera Carrasquilla, es oriunda de San Lúcar de Barrameda, en Andalucía, calificada en nobleza y en conducta, según aparece de la documentación que se halla en el archivo del cabildo de Medellín para acreditar los limpios antecedentes y buen proceder de los dos hermanos don Juan y don Tomás de Rivera Carrasquilla y Monge.

En repetidas ocasiones he hecho mención de las cualidades y méritos de don Juan Carrasquilla, como se le llamó a secas en Medellín, donde contrajo matrimonio con doña María Antonia Posada y ejerció el apostolado de la salud como recetador experto; fue promotor de industrias nuevas y del progreso de la ciudad; propagó la vacuna, que al pasar por Nare la célebre expedición cantada por Quintana inyectó en los brazos de dos esclavos enviados allí a costa del esclarecido filántropo, esclavos a los cuales dio en seguida carta de libertad, adquiriendo de ese modo puesto distinguido entre los promotores del movimiento antiesclavista; fue

(1) San Agustín, *Su vida y su labor*.

Presidente del Serenísimo Colegio Constituyente y se le cuenta en la nómina de los patriotas, con razón a fe, no obstante que su amor y servicios a esta tierra los compartía él con la fidelidad a la nativa y al sistema monárquico (1).

Don Tomás fue casado con doña María Josefa Carrasquilla y San Miguel y uno de sus hijos, don José María, fue tronco de numerosa familia antioqueña. El otro, don Pedro, nacido en Honda, fue coronel de la independencia y contrajo matrimonio en 1826 con doña Cruz Ortega y Nariño, hija del vocal de la Suprema Junta del 20 de julio de 1810 don José Ortega, y sobrina de don Antonio Nariño. De este matrimonio nació en Quibdó don Ricardo Carrasquilla, quien unió su suerte en Bogotá con su prima hermana doña Emilia Ortega, hija del prócer de la independencia general José María Ortega y de la dama valenciana doña Mercedes Párraga, llamada por el Libertador *la heroína de Venezuela*. El general Ortega era hijo de don José Vicente y de doña Benita Nariño, hermana del precursor.

Sangre eminentemente procerca corría, pues, por las venas del varón eximio que fue el primer fruto de bendición para el cristiano hogar formado por el insigne educador y poeta don Ricardo Carrasquilla y la clarísima dama doña Emilia Ortega, espejo de todas las virtudes

(1) V. *Cartera histórica, Ni son todos los que están*, por Julio César García.—*El Colombiano*, 1920.—*Precursora de precusores*, por el mismo, 1923.—*Semblanza y vida armónica de don Ricardo Carrasquilla*, 1927.—El distinguido profesional don Gustavo González Ochoa acaba de presentar como tesis de grado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia una interesantísima monografía sobre *Viruelas y vacuna*, con documentos originales sobre la introducción y propagación del precioso virus, lo mismo que acerca de las nobilísimas prendas e invaluable servicios de don Juan Carrasquilla.

sociales y domésticas de la mujer colombiana: Rafael María Carrasquilla nació en Bogotá el 18 de diciembre de 1857.

Refiere él mismo que la única imagen clara entre los borrosos y fragmentarios recuerdos de la primera infancia era la del general Ortega, muerto el 5 de diciembre de 1860, quien poco antes, el 23 de junio de 1859, había dado remate a sus apuntes autobiográficos con estas palabras de predilección para su nieto: «Como a mi muy querido Rafael es a quien consagro estos recuerdos, junto con los que, por separado, he escrito con respecto a mi vida pública, a él solo toca aprovecharse, cuando esté en edad de discernir, no de grandes y ruidosas acciones, pero sí de actos de positiva virtud y patriotismo. En la vida de su abuelito encontrará fidelidad a la causa que abrazó desde el año de 1810, y muchos padecimientos y peligros por sostener esa misma causa» (1).

«No aprendí en los libros, dijo otra vez, la historia de la república. La aprendí, muy niño, sentado en las rodillas de un veterano de bigotes blancos que militó al lado de Simón Bolívar y que compartió con éste así las fatigas y las inclemencias de la campaña libertadora como los laureles de la victoria. Ese veterano era mi abuelo».

En su monografía sobre el Liceo de la infancia dice don Ignacio Gutiérrez Vergara lo siguiente: «En el lado opuesto de los aposentos dedicados a la enseñanza tenía la familia sus habitaciones privadas, de donde solíamos ver salir y saludábamos con profundo respeto al esclarecido general José María Ortega, padre político de don Ricardo. El héroe de tantas gloriosas lides de la guerra

(1) *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*. Volumen I.

de la independencia conducía a menudo de la mano a su nieto Rafael, niño de pocos años, predestinado para continuar la labor docente de su ilustre genitor y ser honra y prez de la Iglesia y de las letras patrias, eximio y sapientísimo sacerdote, grandilocuente orador sagrado y digno sucesor de Fray Cristóbal de Torres en la dirección de su famoso Instituto» (1).

(1) *Revista del Colegio*. Volumen XXII, número 219.

(De Colombia, de Medellín)

La importancia de Colombia para la arqueología y prehistoria de América

Por el doctor K. TH. Preuss, Profesor de la Universidad y Director del Museo Etnológico de Berlín.

La República de Colombia, por su situación como país de enlace entre América Central y América del Sur, está llamada a contribuir esencialmente a esclarecer los movimientos de pueblos y civilizaciones que tuvieron lugar entre los antiguos reinos de los Mejicanos y Mayas, de una parte, y de las culturas peruanas, de otra; mas este país apenas ha sido investigado sistemáticamente.

Cierto que, recientemente, han sido observadas con más precisión, por Bolinder desde 1914 a 1916, y por mí, en 1915, las tribus de Sierra Nevada de Santa Marta, los Ijkas y otras de la vertiente sur, y los Kábagos en la del norte, cuyo estado actual hace revivir mucho de las antiguas informaciones de los españoles acerca del imperio de los chibchas en la altiplanicie de Bogotá. Igualmente Erlánd Nordensköld, en 1927, ha estudiado de cerca, en su propio país, los indios Cunas y Chocós, en la región fronteriza de Panamá y Colom-